



Universidad de Navarra

Cátedra "la Caixa" de Responsabilidad
Social de la Empresa y Gobierno Corporativo

Documento de Investigación

DI nº 706

Septiembre, 2007

EL PROGRESO: UNA VISION DESDE LA CIENCIA ECONOMICA

Antonio Argandoña

IESE Business School – Universidad de Navarra

Avda. Pearson, 21 – 08034 Barcelona, España. Tel.: (+34) 93 253 42 00 Fax: (+34) 93 253 43 43

Camino del Cerro del Águila, 3 (Ctra. de Castilla, km 5,180) – 28023 Madrid, España. Tel.: (+34) 91 357 08 09 Fax: (+34) 91 357 29 13

Copyright © 2007 IESE Business School.

EL PROGRESO: UNA VISION DESDE LA CIENCIA ECONOMICA

Antonio Argandoña*

Resumen

Tradicionalmente, los economistas han sido optimistas respecto de las posibilidades de progreso en la sociedad. Esto no debe extrañarnos, dado que suelen definir el progreso en términos de crecimiento de la producción de bienes y servicios para la satisfacción de las necesidades humanas. No obstante, siempre ha habido pesimistas entre los economistas, y su actitud hacia el progreso ha ido cambiando. Pero desde hace unas décadas se multiplican las críticas, hasta el punto de que se habla de una crisis del paradigma económico. En este artículo se desarrollan las razones de la visión optimista en los países avanzados, extendiéndolos luego a los países en vías de desarrollo, lo que permite presentar algunas de las posiciones pesimistas recientes y las razones que las avalan, para intentar, en las conclusiones, ofrecer una vía de superación de esas razones que vaya más allá del optimismo de la economía tradicional.

* Profesor de Economía, IESE

Palabras clave: crecimiento, economía, modernidad, optimismo, postmodernidad, progreso.

EL PROGRESO: UNA VISION DESDE LA CIENCIA ECONOMICA

Introducción¹

Tradicionalmente, los economistas han sido optimistas respecto de las posibilidades de progreso en la sociedad. Esto no debe extrañarnos, dado que suelen definir el progreso en términos de crecimiento de la producción de bienes y servicios para la satisfacción de las necesidades humanas, y que la ciencia económica se propone conseguir ese resultado de una manera eficiente, es decir, de modo que los recursos disponibles permitan atender el mayor número de necesidades del mayor número de personas posible (Robbins, 1932).

Por supuesto, siempre ha habido pesimistas entre los economistas, y su actitud hacia el progreso ha ido cambiando. Pero desde hace unas décadas se multiplican las críticas, hasta el punto de que se habla de una crisis del paradigma económico (Argandoña, 2007b). En este artículo pretendo explicar los fundamentos del optimismo de la economía convencional² y las razones del pesimismo reciente. Mis conclusiones son fundamentalmente optimistas, no por lo que la economía pueda aportar, tal como se está desarrollando ahora, sino por las posibilidades que se le presentan si es capaz de reconstruirse sobre unas bases antropológicas más sólidas. Desarrollaré primero los argumentos para la visión optimista en los países avanzados, extendiéndolos luego a los países en vías de desarrollo, lo que me permitirá presentar algunas de las posiciones pesimistas recientes y las razones que las avalan, para intentar, en las conclusiones, ofrecer una vía de superación de esas razones que vaya más allá del optimismo de la economía tradicional.

¹ Este artículo forma parte de las actividades de la Cátedra “la Caixa” de Responsabilidad Social de la Empresa y Gobierno Corporativo, IESE Business School, Universidad de Navarra.

² La economía que aquí llamo convencional o tradicional es la economía neoclásica, cuyos supuestos explico más abajo. Se edificó sobre las bases de la economía clásica (que abarca desde fines del siglo XVIII hasta la segunda mitad del XIX), y se consolidó a lo largo del siglo XX, hasta convertirse en el paradigma dominante en la segunda mitad de dicho siglo, y lo sigue siendo en la actualidad. Se trata de un modelo bastante homogéneo y definido, que no es compartido, ni mucho menos, por todos los economistas, pero que sigue constituyendo el núcleo central de la formación básica que se imparte en la mayoría de universidades.

La visión económica optimista en los países avanzados

La economía neoclásica se concibió como un instrumento para la gestión de la escasez de los recursos ante unas necesidades humanas que se suponen ilimitadas (Robbins, 1932). Bajo ciertas condiciones, una economía que se comporte de acuerdo con el modelo neoclásico conduce a un óptimo social: una situación mejor que la que existía antes, en la que todos resultan beneficiados o, al menos, algunos salen ganando y ninguno sale perdiendo. Esto se supone que es el resultado de la conducta espontánea de los sujetos, cada uno de los cuales actúa de acuerdo con su interés personal, sin sujetarse a restricciones impuestas por la tradición o por alguna autoridad humana. Y eso es posible gracias a la coordinación de las decisiones individuales mediante el mecanismo impersonal del mercado (la “mano invisible”), independientemente de las intenciones humanas: la calidad moral de los decisores no es necesaria para que el funcionamiento espontáneo de una economía libre lleve a una situación siempre mejor (Smith, 1776).

La ciencia económica tradicional es, pues, optimista. Primero, por construcción, por tratarse de un vástago de la modernidad, con su confianza en la razón y en la capacidad del hombre para controlar el mundo y su propia vida (Goklany, 2007). Y segundo, por evidencia empírica, porque tiene a su favor el testimonio del formidable crecimiento en la producción de bienes y en el nivel y calidad de vida en los países más avanzados, como consecuencia de las revoluciones agrarias e industriales de los últimos siglos. Además, en la medida en que las necesidades humanas no tengan límite, el progreso nunca se agotará: siempre será posible satisfacer más necesidades de más personas durante más tiempo y con más eficacia.

De todos modos, la ciencia económica es optimista, pero no ingenua: el progreso no carece de dificultades. Señalaremos aquí tres. Primera: puede verse dificultado por la carencia de recursos. Sin embargo, siendo el hombre un agente racional, con capacidades intelectuales y volitivas ilimitadas, ese obstáculo es superable (Brunner y Meckling, 1977).

Segunda: el reparto de los frutos del progreso puede no ser justo, pues dependerá de los recursos (riqueza física y capital humano) a los que cada agente tenga acceso, de modo que distintas personas conseguirán niveles de vida distintos y seguirán trayectorias vitales diferentes, según sea su dotación inicial de recursos y los factores de riesgo a lo largo de su vida: enfermedades, desempleo, accidentes, etc. El criterio de justicia no formaba parte directamente del concepto de progreso, pero era natural introducirlo (Arrow y Hahn, 1971).

La tercera razón afecta a la misma eficiencia del proceso: se pueden producir “fallos del mercado” que impidan que el mecanismo coordinador del mercado funcione adecuadamente (Bator, 1958). Por ejemplo, los costes de las decisiones de unos agentes pueden sufrirlos otros (los “efectos externos”: la contaminación, por ejemplo), en cuyo caso el progreso de unos implicará un daño para otros, y el resultado no será un óptimo social. O pueden existir “bienes públicos”, en los que no funcionan los incentivos privados para proveerlos en la cantidad suficiente (el orden público, por ejemplo: todos los ciudadanos tienen interés en que la policía les proteja, pero todos esperan que sean los demás los que paguen para su provisión). El progreso no está, pues, garantizado.

Pero, en todo caso, la ciencia económica es capaz de diseñar intervenciones del Estado que permitan corregir las desigualdades no deseadas en la distribución de la renta y los fallos del mercado, desde el seguro de desempleo o la enseñanza gratuita hasta las regulaciones contra la contaminación o los servicios públicos financiados mediante impuestos. El progreso es posible, gracias a la racionalidad e ingenio del ser humano, aplicados a la ciencia, a la tecnología y a un conjunto de políticas e instituciones (estado de derecho, democracia, derecho de propiedad,

contratos, administración de justicia, orden público, etc.) que hacen posible el normal desarrollo de la actividad económica.

El papel atribuido al Estado divide de algún modo a los economistas, cualificando las razones para su optimismo. Unos, a los que llamaremos socialistas o intervencionistas, son pesimistas acerca de las posibilidades de que el mercado y el sector privado puedan promover un progreso sostenido y estable, pero son optimistas acerca de la posibilidad de que el Estado pueda corregir esos defectos, mediante las instituciones y políticas orientadas a redistribuir la renta, estabilizar la economía y atender las necesidades básicas de los ciudadanos.

Para esos economistas, pues, el progreso consiste en la consecución de un nivel de vida alto y creciente para el conjunto de los ciudadanos, así como en una distribución justa de ese nivel de vida. Aquí la justicia se define, más allá del nivel de ingresos conseguidos por la aportación de cada uno a la producción, por la provisión de servicios sociales y asistenciales (vivienda, sanidad, educación, etc.) que garanticen un nivel de renta suficiente y aun generoso para todos, ante situaciones de desempleo, enfermedad, vejez, etc., junto con la expectativa de que el nivel de vida seguirá aumentando a lo largo del tiempo, de manera casi indefinida, al menos mientras el sistema sea capaz de proveer los incentivos necesarios para que la innovación, la inversión y la adquisición de conocimientos no se detengan, de modo que nadie, tampoco las generaciones futuras, quede excluido de ese progreso.

Con el paso del tiempo, la provisión de un nivel de servicios sociales cada vez más alto y unas políticas de redistribución de la renta con objetivos igualitarios han puesto límites a ese optimismo. De un lado, sus altos y crecientes costes deben ser financiados mediante impuestos cada vez más elevados, que desincentivan el trabajo, la inversión y la asunción de riesgos, y que, por tanto, reducen el crecimiento económico, es decir, la misma base del progreso. De otro lado, la multiplicación de las intervenciones públicas hace más probable la aparición de efectos perversos y conductas oportunistas. Como señaló Hayek (1988), los socialistas cometen la “fatal arrogancia” de querer interferir en el funcionamiento de la economía, confiando en la capacidad de la razón para entender interacciones y resultados que no pueden ser comprendidos por una mente, por preclara que sea, y mucho menos ser manipulados por ella, sin degenerar en efectos imprevisibles.

Esto parece dar la razón a otro grupo de economistas, a los que llamaremos liberales, que son optimistas respecto del sector privado y el mercado, y pesimistas ante la intervención del Estado. Ellos reconocen un papel para el Estado en el progreso económico, sobre todo en el establecimiento y observancia del marco legal e institucional necesario para el buen funcionamiento del mercado, y en la aplicación de políticas orientadas a crear una red mínima de seguridad para los ciudadanos, la provisión de bienes públicos, la corrección de los fallos del mercado, la defensa de la competencia y la estabilidad macroeconómica. Más allá de esas funciones indispensables, la libre iniciativa es capaz de producir un nivel de vida más alto para todos, del que todos se beneficiarán en mayor medida que si el Estado intenta la redistribución de la renta y el fomento de las políticas sociales: en una marea creciente, todos los barcos suben.

No es éste el lugar adecuado para intentar dilucidar cuál de los dos grupos de economistas tiene razón. A lo largo del tiempo, unos y otros fueron depurando sus ideas, aceptando algunos argumentos de sus contrarios y reivindicando los propios en un movimiento cíclico, con fases de más intervencionismo y otras de mayor liberalismo (Friedman y Friedman, 1989). Pero a nosotros nos interesan dos conclusiones del análisis anterior.

Primera: prácticamente todos los economistas convencionales comparten una misma noción de progreso, entendido en clave utilitarista como el mayor bienestar para el mayor número. Ese bienestar se mide por el nivel de vida, es decir, por el volumen de bienes y servicios producidos y consumidos. Y esto no es algo arbitrario, sino que se basa en una antropología sencilla pero aparentemente muy útil, que presenta al agente económico como un ser racional, con un conjunto de preferencias bien definidas y una considerable capacidad calculadora, es decir, capaz de tomar decisiones sobre el uso más eficiente de sus recursos, de acuerdo con la satisfacción que esas decisiones le proporcionan (Arrow, 1987; Casson, 1998).

De ese modo, ese agente racional tiene incentivos para aumentar la producción de bienes y servicios, gracias a la cual obtiene las rentas que le permiten satisfacer sus necesidades. En ese marco, progresar significa tener más ingresos, lo que se consigue produciendo más bienes y servicios para intercambiar en el mercado, contribuyendo así a satisfacer las de los demás: la “mano invisible” funciona suave y eficazmente, ayudada, si conviene, por la “mano visible” del Estado. Producir más es preferible a producir menos, porque ese modelo de hombre no contempla otras consecuencias de sus acciones, consecuencias morales, por ejemplo (Argandoña, 2007 a y c). Y, en todo caso, la antropología que subyace en esa economía admite todo tipo de “*trade offs*” o “intercambios”: todas las preferencias o necesidades del agente pueden expresarse en términos de otra variable –un salario mayor puede compensar, por ejemplo, el mayor riesgo de un puesto de trabajo. Todo tiene su precio.

El segundo aspecto relevante para nosotros es que tanto liberales como socialistas, y los que adoptaron las muchas posiciones intermedias que se fueron desarrollando en el tiempo, comparten el optimismo de la Ilustración: el ser humano y la sociedad son perfectibles y maleables, se adaptan a los cambios en su entorno y son capaces de diseñar un mundo mejor y hacerlo realidad. Los liberales confían plenamente en el poder creador del individuo; los intervencionistas ponen su esperanza en la capacidad correctora, moderadora y promotora del Estado, con dosis más o menos elevadas de voluntarismo.

El progreso en los países en desarrollo

La ciencia económica que se elaboró para resolver los problemas de los países desarrollados era también válida para los países en vías de desarrollo. Por lo menos, la idea de progreso era la misma: el crecimiento del volumen de producción y de la renta per cápita –un concepto fácil de entender y de medir, al que era razonable que todos los gobiernos y ciudadanos aspirasen, y que sólo podía aportar beneficios para todos. Y, sin embargo, en los países en desarrollo el escepticismo acerca del progreso económico fue siempre mayor.

En efecto, la lista de errores de diagnóstico y de recomendaciones imprudentes se hizo muy larga. Se pensó, por ejemplo, que bastaría aumentar el nivel de inversión, o la industrialización en sectores intensivos en capital, para poner a cualquier economía atrasada en condiciones de crecer a una tasa elevada durante un largo período de tiempo: la economía se parecía más a una máquina que a una comunidad humana. O se olvidó que el crecimiento en los países avanzados había sido posible por la existencia de instituciones de las que carecían los países en desarrollo, como el estado de derecho, la libertad de empresa o un sistema judicial moderno: el contexto era relevante, sobre todo porque afectaba a las decisiones de personas libres. O se pensó que bastaba proporcionar recursos financieros (inversiones extranjeras, créditos, o mejor aún, ayuda a fondo perdido) a esos países, aunque su gobierno fuese corrupto, o no supiese cómo usar eficientemente esos fondos, o la ayuda pudiera desincentivar otras actividades

productivas en el propio país, creando, de este modo, ciudadanos dependientes e inhibiendo las fuerzas que promueven el desarrollo pleno de las personas (Easterly, 2002).

Los errores se habían producido también en Occidente, pero aquí se había podido mantener el crecimiento a lo largo del tiempo, sin recaer en la pobreza y el subdesarrollo, como ocurría en el Tercer Mundo cuando un programa de crecimiento fracasaba, cuando se producían desastres naturales o conflictos sociales o políticos, o cuando sus gobiernos eran incapaces de corregir los severos desequilibrios macroeconómicos (hiperinflación, déficit público, inestabilidad financiera o cambiaria, etc.) que golpeaban una y otra vez a sus economías. Y los costes humanos, sociales, políticos y económicos de cada fracaso eran muy altos, en términos de hambre, miseria, otra generación condenada a la ignorancia o a las enfermedades, más desigualdad, elites corruptas y gobiernos dictatoriales.

Y, sin embargo, ese pesimismo se apoyaba en una actitud que, en el fondo, era también optimista, una vez comprobada la larga lista de países que habían sido capaces de poner en marcha un proceso de crecimiento sostenido y de modernización social: Japón antes de la segunda guerra mundial, algunas economías europeas (incluida España, en los años sesenta), los “tigres asiáticos” (Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong y Singapur); más recientemente, otros países del Este de Asia, China, India, los países que habían pertenecido al bloque comunista, y algunos de América Latina y África. El crecimiento es, pues, posible, también en las economías en vías de desarrollo.

Una versión pesimista del crecimiento económico

Y, sin embargo, en años recientes se han multiplicado las críticas, que se dirigen no ya al proceso de crecimiento, sino al mismo paradigma de la economía convencional (Schuurman, 1993; Norgaard, 1994; Booth, 1994; Brohman, 1996; Leys, 1996). En primer lugar, en las economías subdesarrolladas se están presentando problemas que no se habían presentado –al menos con la misma gravedad– cuando los países ahora avanzados vivieron su despegue: deterioro del medio ambiente, efectos imprevistos e imprevisibles de las nuevas tecnologías (por ejemplo, de los organismos genéticamente modificados), acentuación de la desigualdad en la distribución de la renta y persistencia de situaciones de pobreza (el crecimiento no beneficia a todos, incluso puede perjudicar a muchos, también en los países desarrollados), etc. Y esos problemas se presentan ahora a escala mundial, afectando también a las naciones industrializadas (Stiglitz, 2002).

La línea optimista responde a esto que el progreso tiene sus costes, pero no hay alternativa válida, porque el crecimiento de la producción y la generación de rentas sigue siendo condición necesaria para resolver los problemas de esos países. En todo caso, se añaden al crecimiento económico variables de calidad de vida, salud, derechos humanos... hasta llegar al “índice de desarrollo humano” (UNDP, 2006; Thin, 2002), un concepto pragmático que subraya que el concepto de progreso es multidimensional, aunque, en definitiva, muchas de las dimensiones que se añaden siguen exigiendo el crecimiento económico que las haga posibles³.

Hay ahora, sin embargo, otras críticas, cuya interpretación no resulta compatible con la visión del progreso basada en la modernidad. He aquí algunos ejemplos:

³ El índice de desarrollo humano se relaciona con el concepto de desarrollo como creación de capacidades para las personas (Sen, 1999), que es mucho más rico.

- La tecnología no es ya la sierva del hombre, la que controla la naturaleza y la pone al servicio del hombre, sino que se ha convertido en una amenaza permanente. Nos encontramos en una “sociedad de riesgo” (Beck et al., 1994; Bull, 1995); los efectos desestabilizadores de la tecnología ya no son previsibles, tienen carácter sistémico y acaban afectando a ámbitos insospechados de nuestra vida. El optimismo racionalista de la modernidad respecto de la ciencia y la tecnología ya no tiene sentido.
- La concepción del desarrollo como crecimiento de la producción de bienes y servicios no es sostenible, porque exige recursos cada vez más abundantes, que no siempre se podrán encontrar en un planeta finito, y porque provoca un deterioro creciente del medio ambiente. El mercado, dicen esos críticos, es incapaz de valorar adecuadamente los recursos no renovables y de poner un límite al deterioro del medio natural, sobre todo si los países en vías de desarrollo pretenden seguir la trayectoria de derroche y abuso medioambiental de los países ricos. En todo caso, los Estados nacionales no están en condiciones de hacer frente a esas responsabilidades, porque los problemas han adquirido una extensión planetaria y una complejidad inmanejable. Lo que está en crisis es la misma relación del hombre con la naturaleza.
- El crecimiento económico no ha sido capaz de solucionar los problemas más graves: la pobreza sigue afectando a miles de millones de personas, y la brecha entre los ingresos de los ricos y de los pobres –entre naciones, y dentro de las naciones, también, en muchos casos en los países avanzados– es muy grande, y sigue ampliándose. Y no se trata de situaciones transitorias, sino estructurales, ligadas al planteamiento mismo del crecimiento como aumento del nivel de vida basado en la producción de bienes y servicios para atender unas necesidades ilimitadas. De nuevo, es el paradigma de la modernidad lo que está en crisis.
- El consumismo, que apareció primero en los países avanzados, pero que se extendió rápidamente a todas las sociedades, obliga a replantear el propio concepto de necesidad, poniendo en duda el dogma de la modernidad de considerar al agente económico como autónomo en la definición de sus objetivos en la vida y a sus preferencias como algo que ninguna autoridad tiene derecho a poner en cuestión, fuera del propio interesado.
- Las sociedades premodernas están fundadas en culturas comunitarias, redes de solidaridad y formas de vida que son ajenas al materialismo, individualismo y racionalismo propios de la Ilustración. La misma omisión concepto de “cultura” en el paradigma económico implica la negación de esas otras culturas y, por tanto, de otras alternativas al planteamiento del progreso basado en la modernidad. Separados de sus raíces, esos pueblos no tienen otra alternativa que copiar el modelo de los países avanzados. Y, al propio tiempo, nos empobrecen a todos, al reducir la diversidad cultural.
- Los errores del planteamiento económico del progreso ponen también de manifiesto lo que se ha llamado la “esencialización” del Tercer Mundo y de sus habitantes: no se conciben como personas o comunidades específicas y concretas, con sus circunstancias y problemas propios, sino como masas anónimas y homogéneas.

Estas críticas, y otras que se han difundido en años recientes, no son nuevas, pues reproducen, al menos en parte, otras críticas –marxistas, muchas de ellas– formuladas en los años cuarenta a setenta del siglo pasado. Esos autores eran pesimistas sobre el pasado: la economía capitalista no sólo se había equivocado en la definición de los problemas y en el diseño de las políticas,

sino que era ella misma la causa de esos problemas, de modo que la solución pasaba necesariamente por el cambio radical de modelo. Pero esos críticos eran optimistas de cara al futuro, porque las economías comunistas disponían de instrumentos para reconducir el progreso, entendido también como crecimiento de la producción y del nivel de vida de todos los ciudadanos de todo el mundo, quizá con algunos toques de utopía, incluida una cierta manipulación de la definición del problema, como se puso de manifiesto en los desastrosos experimentos de la Unión Soviética o la China de Mao.

Ahora, esta oposición crítica se está repitiendo, pero su optimismo ha desaparecido, más allá de algunas declaraciones tan utópicas como fueron en su día la reivindicación del hombre socialista o de la sociedad sin clases. Y ha desaparecido, primero, porque la vía comunista ya no existe: no hay un diseño alternativo al capitalismo. Y, segundo, porque el Estado, que debía ser el líder y gestor del nuevo progreso, está en crisis.

Se afirma, en efecto, que la globalización ha reducido el papel económico, político y cultural del Estado: quizá no ha perdido tamaño, pero sí contenido y funciones. Esto ha ocurrido dentro de los países, debido a procesos como la privatización y desregulación, la descentralización en los gobiernos locales, el reconocimiento de la diversidad étnica, cultural y religiosa o la atribución de poder ("*empowerment*") a la sociedad civil. Y también en las relaciones entre Estados, debido, por ejemplo, a la proliferación de organismos internacionales, que merman la soberanía de los gobiernos nacionales (incluyendo repetidos intentos de legislación internacional, el recurso, más o menos legitimado, a la fuerza contra los Estados nacionales, y la creación de tribunales de justicia de ámbito supranacional), la extensión de los mercados y las operaciones financieras internacionales, que limitan la posibilidad de que los gobiernos lleven a cabo sus propias políticas, con independencia de lo que ocurra fuera de sus fronteras, o la ampliación de la competencia en los mercados internacionales, en los que los países del Tercer Mundo compiten ahora duramente entre sí y con los países desarrollados.

En todo caso, el Estado-nación, tal como lo hemos conocido desde finales de la Edad Media, no parece ser el instrumento adecuado para combatir el capitalismo global, precisamente porque el énfasis se pone ahora en las peculiaridades locales, culturales, religiosas y étnicas, que contradicen la idea del Estado moderno. Se propone, pues, volver a formas premodernas de identidad, que tratan de llenar el vacío ideológico que deja el Estado cuando se vacía de contenido. Pero esas formas, buenas para la crítica y la diversidad, no sirven para diseñar un orden político y económico nuevo: no ofrecen alternativas al mercado ni al Estado... a no ser que prescindamos del concepto de progreso, tal como lo hemos entendido en los últimos siglos. Y a esto nos conducen las formas más avanzadas de la postmodernidad –o mejor, de la antimodernidad. Se argumenta, por ejemplo, que si los pueblos indígenas tienen derecho a conservar su identidad, deben rechazar un concepto de progreso basado en la producción y el consumo en un mercado globalizado, que es ajeno a sus raíces históricas y culturales, porque si adoptan las exigencias capitalistas del crecimiento serán, quizá, dueños de sus recursos, pero seguirán dependiendo de los capitales, la ciencia y la tecnología de Occidente, deberán competir en los mercados internacionales, aceptar las reglas del juego y, a la larga, convertirse en economías capitalistas emergentes, como lo son ahora China o India (Rahnema, 1997). Se pueden elogiar las culturas no occidentales y fomentar la multiculturalidad, pero esto no dejará de ser un engaño si, finalmente, esos países han de adoptar las formas de producción del capitalismo occidental.

Más aún: de acuerdo con este punto de vista, el mismo concepto de desarrollo es ya una victoria de la ideología dominante (Sachs, 1992). Porque calificar a un país de subdesarrollado significa que en él ha fracasado el proyecto racionalista sobre el hombre, es una invitación a

reconocer su inferioridad y el consiguiente derecho a la autocompasión y, por tanto, el derecho (y quizás el deber) de los países avanzados a intervenir en la suerte de los países atrasados, invocando incluso razones humanitarias para ello.

El problema es que esta postura postmoderna extrema supone una redefinición de los problemas, que no puede dejar satisfechos a los que los sufren. Parece razonable, en efecto, que cada ciudadano o comunidad del Tercer Mundo pueda decidir qué necesidades son reales para ellos y cuáles no lo son, pero no parece razonable negar la legitimidad del derecho a un empleo estable, una vivienda digna, una educación moderna o los cuidados de salud propios de un país avanzado, por el hecho de que estas necesidades se hayan calificado como propias de la cultura occidental. El intento de deconstruir las categorías científicas y culturales de una nación puede llevar al absurdo de negar esas mismas categorías en otra nación. Algo parecido ocurre, por ejemplo, con el concepto de “escasez”: puede argumentarse que fue introducido por los países industrializados para imponer el capitalismo a los países en vías de desarrollo, pero negar la existencia de escasez, o relativizarla hasta el extremo, acabará llevando a negar el mismo sentido de la actividad económica.

Y esto afecta no sólo a las sociedades en vías de desarrollo, sino a todas –otra consecuencia de la globalización. Es razonable, por ejemplo, reconocer los riesgos asociados a la tecnología, también los riesgos nuevos e imprevisibles, pero no lo es cerrarse al uso de cualquier tecnología avanzada. Primero, porque muchos millones de personas en todo el mundo han vivido siempre y siguen viviendo en una situación de riesgo grave, y siguen necesitando de la ciencia y la tecnología para salir de esa situación (Füredi, 1996). Segundo, porque lo nuevo de los nuevos riesgos es que afectan probablemente más a los ciudadanos de los países desarrollados, lo que lleva a sospechar que el pesimismo de Occidente es sólo una estrategia egoísta para frenar el uso de las nuevas tecnologías en el Tercer Mundo y, de este modo, limitar también su impacto negativo sobre el Primer Mundo. Y tercero, porque esconde una visión negativa sobre la capacidad del hombre para resolver sus problemas.

¿Hay razones para el optimismo?

Al final, lo que nos recuerdan los pesimistas postmodernos es que nuestro conocimiento es limitado; que producir tiene costes, no siempre debidamente identificados ni bien repartidos, y que todos debemos asumir las responsabilidades por nuestras acciones. Todo esto ya lo sabíamos, pero quizá lo habíamos olvidado, deslumbrados por las hipótesis de la modernidad: el hombre independiente, totalmente dueño de su destino, que vive en sociedad sólo porque lo aconseja su interés personal, para la mejor satisfacción de sus necesidades y la mejor protección de sus riesgos; que es responsable de su bienestar personal, pero nada o muy poco responsable de lo que acontece a otras personas y, desde luego, ajeno por completo a toda idea de bien común que intente ir más allá de la suma de los intereses de todos los ciudadanos.

Esto nos lleva a una primera conclusión: las ciencias, también la economía, se basan en unos supuestos precientíficos, de naturaleza filosófica o ideológica, que les dan su sentido último. No es la economía, ciencia de la asignación de recursos para la consecución de unos fines, la que es esencialmente optimista o pesimista; ella no puede ir más allá de los supuestos en que se fundamenta. El optimismo de los economistas convencionales, puesto de manifiesto incluso cuando denuncian los errores de su propia disciplina, es, en definitiva, el optimismo propio de la Ilustración, de la que la economía convencional es hija predilecta, y el pesimismo profundo sobre el sentido de la actividad económica y las posibilidades del progreso humano, también en

el plano económico, tiene su origen en otro estrato cultural, que podemos identificar con la postmodernidad.

Por tanto –y esta es la segunda conclusión–, las críticas a la economía, si no se limitan a los aspectos puramente técnicos o de validez del método, son, en el fondo, críticas a los supuestos de partida. Este es un terreno ya muy trillado en economía, porque la concepción del hombre y de la sociedad que la sustenta es bien conocida y ha sido ampliamente criticada. De hecho, hemos apuntado antes algunos de sus caracteres: un ser humano autónomo, individualista, racionalista, maximizador de su utilidad, motivado sólo por determinados resultados de sus acciones –los que tienen que ver con las satisfacciones proporcionadas desde fuera–, que vive en sociedad sólo por las consecuencias positivas que esto tiene para él...

En esa antropología, el hombre es como una máquina bien programada o, a lo más, como un organismo que aprende mediante procesos de prueba y error, del mismo modo que un animal aprende al interactuar con su entorno, pero no es un ser auténticamente libre (Pérez López, 1991, 1993). Lo que nos desconcierta de una sociedad en que los desastres naturales, tecnológicos o humanos pueden tener consecuencias funestas de ámbito global es que no conocemos los medios para orientar nuestra vida en ese entorno. Hasta ahora, pensábamos que nuestro aprendizaje podía ser más o menos difícil, pero que sería siempre positivo: si no éramos rematadamente tontos o absurdamente malvados, siempre encontraríamos la vía de salida. Ahora, no estamos tan seguros de ello, pero no tenemos una solución a mano, porque hemos prescindido del único medio conocido para hacer frente a esas situaciones: las virtudes.

La antropología de la Ilustración, en efecto, no tiene lugar para la ética. Pero la ética es necesaria, como condición de equilibrio de todo el sistema, desde la persona hasta la familia, la empresa, la comunidad política y la sociedad toda. De esto nos dimos cuenta hace varios siglos, pero no acertamos a encontrar cuál era esa condición de equilibrio, seguramente porque nos dedicamos a “inventar” las éticas que nos parecían más apropiadas –deontologistas, utilitaristas, dialógicas, formales ... incluso éticas egoístas–, en vez de buscarlas en la antropología. Porque la ética viene a ser algo así como el “manual de uso” del hombre y de la sociedad. Y ese manual ha de ser escrito a la vista de la realidad de ese hombre y de esa sociedad.

Y ésta es una sugerencia importante: la ciencia económica es la ciencia de la acción humana (Mises, 1949), y no puede entenderse sino desde una antropología que parte del hombre en acción, para desplazarse después al hombre que colabora con otros hombres en una organización –la economía de la empresa– y, finalmente, al conjunto de hombres en la sociedad (Argandoña, 2005, 2007 a y c). La antropología en la que se basa la economía convencional no es suficiente, porque olvida aspectos importantes de la acción humana: por qué actuamos, cuáles son nuestras motivaciones, cómo aprendemos nuestro comportamiento ante los demás, qué condiciones deben cumplir nuestras acciones y nuestras organizaciones para que sean capaces de mejorar de manera sostenida nuestras oportunidades ante el futuro...

La economía convencional ha dado grandes frutos. Al menos, ella está detrás de los formidables avances de lo que los economistas hemos llamado el progreso, entendido como el crecimiento del volumen de bienes y servicios para la satisfacción de las necesidades humanas. Ahora, muchos consideran que está en crisis. Si mis consideraciones anteriores no están descaminadas, la economía deberá superar esa crisis mediante la revisión de los supuestos antropológicos en que se basa. Las críticas postmodernas habrán cumplido una función importante, señalando los puntos débiles. Pero sospecho que todos los esfuerzos de deconstrucción no servirán para la tarea de reconstrucción.

Acabaré con una recomendación: en esta tarea de rehacer la ciencia económica, prestemos atención a la doctrina social católica, porque se funda en una sólida antropología que puede sugerir los supuestos (quizá varios juegos de supuestos alternativos) sobre los que los economistas (no los moralistas) podrán edificar una nueva economía, que conserve todos los éxitos de la ciencia tradicional, al tiempo que supera sus limitaciones (Pontificio Consejo Justicia y Paz, 2005).

Esa nueva economía deberá revisar el concepto mismo de progreso. La doctrina social católica no ofrece una definición del mismo, pero sí señala que debe ser el progreso de todo el hombre y de todos los hombres. De todo el hombre, es decir, de todas las dimensiones del hombre, ser trascendente, llamado a una vocación de amor a Dios y a los demás, con un fin que le trasciende, porque es Dios mismo. De modo que ese concepto de progreso debe incluir un nivel de vida alto y creciente –hasta ahí ha llegado la economía–, pero algo más, mucho más. Deberá incluir los efectos de sus propias acciones sobre los demás (algo que los economistas no saben hoy cómo manejar, más allá de un concepto mecánico de conducta altruista), es decir, el desarrollo de virtudes, capacidades de entender, de valorar, de querer y de hacer, que las ciencias sociales no son capaces de sospechar.

Y el progreso de todos los hombres: no sólo porque la pobreza de los demás lleva a un crecimiento limitado, inestable y lleno de riesgos; ni siquiera porque la riqueza de los demás es condición para el crecimiento de mi propia riqueza, sino porque sin el desarrollo económico, social y moral de los demás, nunca podré conseguir mi desarrollo pleno, tanto en mi dimensión personal como en la de la sociedad en la que vivo. No se trata de complementar lo que han conseguido los economistas, sino de plantear otro concepto de progreso, del que el de los economistas será un caso particular, que se podrá superar por elevación.

Los muchos críticos mencionados antes han puesto de manifiesto, una vez y otra, que el concepto económico de progreso falla cuando no se articula con las otras dimensiones del hombre, como dominador del mundo (agotamiento de los recursos, deterioro del medio ambiente, cambio de actitud ante la tecnología), como ser social (mantenimiento de las desigualdades y de la pobreza), como ser dependiente (concepto de libertad, definición de las necesidades), como ser espiritual (mantenimiento de la cultura, dilución del hombre en una sociedad impersonal), etc. Es probable que muchos de ellos no fuesen conscientes de la medida en que sus críticas se dirigían contra una antropología insuficiente, pero con la ventaja que da tener una rica versión de lo que es el hombre, la actividad económica y la sociedad, la doctrina social católica es capaz de ofrecer una unidad en las críticas que los propios críticos no pudieron ver.

Esto, por supuesto, va más allá, mucho más allá, de lo que puede alcanzar la ciencia económica. El concepto de progreso que ofrece la economía siempre será limitado. Pero, al menos, podemos aspirar que no sea incompatible con ese concepto más amplio, filosófico, teológico, humano, del progreso. Y ahí radica el verdadero optimismo de la economía.

Referencias

- Argandoña, A. (2005), «Economía, teoría de la acción y ética», *Información Comercial Española*, 823, junio.
- Argandoña, A. (2007a), «Economics, ethics, and anthropology», en M.L. Djelic y R. Vranceanu (eds.), «Moral Foundations of Management Development», Edward Elgar, Cheltenham.
- Argandoña, A. (2007b), «Anthropological and ethical foundations of organization theory», presentado al Seminario “Rethinking business management. An examination of the foundations of business education”, Princeton, 17-19 de mayo.
- Argandoña, A. (2007c), «Integrating ethics into action theory and organizational theory», *Journal of Business Ethics*, en prensa.
- Arrow, K.J. (1987), «Economic theory and the hypothesis of rationality», en «The New Palgrave: A Dictionary of Economics», vol. 2, Palgrave, Nueva York.
- Arrow, K.J. y F.H. Hahn (1971), «General Competitive Analysis», Holden-Day, San Francisco.
- Bator, F.M. (1958), «The Anatomy of Market Failure», *The Quarterly Journal of Economics*, 72, 3, agosto.
- Beck, U., A. Giddens y S. Lash (1994), «Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order», Polity Press, Cambridge.
- Booth, D. (ed.) (1994), «Rethinking Social Development», Longman, Harlow.
- Brohman, J. (1996), «Popular Development. Rethinking the Theory and Practice of Development», Blackwell, Oxford.
- Brunner, K. y W.H. Meckling (1977), «The perception of man and the conception of government», *Journal of Money, Credit and Banking*, 9, 1, febrero.
- Bull, M. (1995), «Apocalypse Theory and the End of the World», Blackwell, Oxford.
- Casson, M.C. (1988), «Economic man», en D. McCloskey (ed.), «Foundations of Economic Thought», Blackwell, Oxford.
- Easterly, W. (2002), «The Elusive Quest for Growth. Economists’ Adventures and Misadventures in the Tropics», MIT Press, Cambridge.
- Friedman, M. y R.D. Friedman (1989), «The Tide in the Affairs of Men», *Freeman*, 39, 4.
- Füredi, F. (1996), «Risk-consciousness: the escape from the social», presentado a la Conference on the Direction of Contemporary Socialism, University of Sussex, abril.
- Goklany, I.M. (2007), «The Improving State of the World. Why We’re Living, Longer, Healthier, More Comfortable Lives on a Cleaner Planet», Cato Institute, Washington.
- Hayek, F.A. (1988), «The Fatal Conceit. The Errors of Socialism», Routledge, Londres.
- Leyes, C. (1996), «The Rise and Fall of Development Theory», James Curry, Londres.

- Mises, L. (1949), «Human Action», Yale University Press, New Haven.
- Norgaard, R. (1994), «Development Betrayed. The End of Progress and a Coevolutionary Revisioning of the Future», Routledge, Londres.
- Pérez López, J.A. (1991), «Teoría de la acción humana en las organizaciones», Rialp, Madrid.
- Pérez López, J.A. (1993), «Fundamentos de la dirección de empresas», Rialp, Madrid.
- Pontificio Consejo Justicia y Paz (2005), «Compendio de Doctrina Social de la Iglesia», Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano.
- Rahnema, M. (ed.) (1997), «The Post-Development Reader», Zed Books, Londres.
- Robbins, L. (1932), «An Essay on the Nature and Significance of Economic Science», 2a. ed., Macmillan, 1935, Londres.
- Sachs, W. (ed.) (1992), «The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power», Zed Books, Londres.
- Schuurman, F. (1993), «Beyond the Impasse. New Directions in Development Theory», Zed Books, Londres.
- Sen, A.K. (1999), «Development as Freedom», Alfred Knopf, Nueva York.
- Smith, A. (1776), «An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations», E. Cannan (ed.), Methuen, 1904, Londres.
- Stiglitz, J.E. (2002), «Globalization and its Discontents», Norton, Nueva York.
- Thin, N. (2002), «Social Progress and Sustainable Development», Kumarian Press, Bloomfield.
- UNDP – United Nations Development Program (2006), «Human Development Report», Naciones Unidas (primera versión, 1992), Nueva York.